
ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Los campos próximos al castillo de Moor.

MOOR y KOZINSKY, á lo lejos.

MOOR.— Adelántate y anúnciame. ¿Sabes bien lo que has de decir?

KOZINSKY.— Sois el Conde de Brand; venis de Mecklenburgo; yo, vuestro escudero... Descuidad, que representaré mi papel á la perfección. Adios. (Vase.)

MOOR.— ¡Salve, campos de mi país natal! (Besa la tierra.) ¡Cielo de mi patria, sol de mi patria!... ¡y arboledas, y colinas, y rios y selvas; á todos, á todos saludo de corazón! ¡Cómo consuela el ambiente de mis montañas natales! ¡Qué bálsamo perfumado traéis al misero fugitivo! ¡Eden, mundo lleno de poesia! ¡Detente, Moor! ¡Tus plantas huelen un templo sagrado!.. (Acérese más.) ¡Mira! ¡Los nidos de golondrina en el patio del castillo!... el postigo del jardín... el rincón de la empalizada, en donde te ponias en emboscada con frecuencia para cazar... y allí abajo, en el valle, el prado en que tú, Alejandro Magno, dabas la batalla de Arbela, y junto, la colina cubierta de hierba, desde la cual derrotabas á los sátrapas persas... y en cuya cima flotaba tu bandera victoriosa. (Se sonríe.) La edad de oro

de tu infancia se renueva en el alma del desdichado... entonces eras tú tan feliz, tan completa, tan tranquilamente feliz... y ahora... ahí yacen los destrozados restos de tus planes. Aquí debías discurrir algún día, hombre ilustre, magnífico y alabado... aquí florecer de nuevo en tus robustos hijos, con tu esposa Amalia... aquí el ídolo de tu pueblo... pero un mal ángel lo dispuso de otro modo. (Se detiene.) ¿Por qué he venido aquí? Para igualarme al prisionero, al que despierta de su ensueño de libertad el ruido de sus cadenas... no... vuelvo á mi destierro... ¡El cautivo había olvidado ya la existencia de la luz, y el fantasma de la libertad pasó delante de él como un relámpago en medio de la noche, para sumirlo de nuevo en la oscuridad... ¡Adios, valles natales! Antes visteis á Carlos niño, y el niño Carlos era feliz... ahora lo veis hombre, y la desesperación es su patrimonio. (Hace un movimiento rápido como para huir y se pára de repente, y mira melancólico al castillo.) ¡No verla ni un instante!... Sólo una pared me separa de Amalia... ¡No! he de verla... he de verla... aunque haya de perecer. (Vuélvese.) ¡Padre, padre! Tu hijo llega... ¡Lejos de mí, negro vapor de zangre! ¡Lejos de mí, muerte descarnada, horrible, de mirada vertiginosa! ¡Déjame libre sólo una hora. Amalia, padre, tu Carlos llega. (Aproxímase al castillo á paso rápido.) Atórméntame cuando venga el día, no te separes de mí por la noche... que sueños espantosos me aflijan, pero no emponzoñes este mi único placer. (Detiénese á la puerta.) ¿Qué emoción es la tuya? Moor, ¿qué sientes? ¿No eres un hombre?... Escalofrío mortal... presentimiento terrible... (Entra.)

ESCENA II.

Jalera en el castillo.

MOOR y AMALIA, que entran juntos.

AMALIA. — Y ¿tenéis seguridad de reconocer su imagen entre estos cuadros?

MOOR. — ¡Oh, completa seguridad! Su retrato siempre está presente en mi memoria. (Examinando los cuadros.) Este no es.

AMALIA. — ¡Cierto!... Era el fundador de este condado, ennoblecido por Barbarroja, á quien sirvió contra los piratas.

MOOR. (Siempre examinando los cuadros.) — Tampoco es ese... ni este... ni aquel... No está entre ellos.

AMALIA. — ¿Qué decís? Mirad bien. Creía que lo habíais de conocer.

MOOR. — Ni á mi padre conozco mejor. Carece de la expresión indefinible de la boca, que lo distingue entre mil... no es.

AMALIA. — Me admiro de lo que oigo. ¿Cómo? ¿No lo habéis visto en diez y ocho años, y sin embargo...

MOOR. (Con rapidez y ruborizándose ligeramente.) — ¡Este es! (Quédase como herido de un rayo.)

AMALIA. — ¡Un hombre excelente!

MOOR. (Absorbido en su contemplación.) — ¡Padre, padre! ¡Perdóname!... ¡Sí, un hombre excelente! (Enjúgase las lágrimas.) ¡Un hombre divino!

AMALIA. — Parece que os interesa mucho.

MOOR. — ¡Oh, un hombre excelente!... ¿Y ha muerto?

AMALIA. — Sí, como mueren nuestras mayores alegrías. (Con dulzura, cogiendo su mano.) Ninguna felicidad, señor Conde, florece en esta tierra.

MOOR. — ¡Muy cierto, muy cierto!... ¿Y es posible que ya hayáis hecho tan triste prueba? No tendréis todavía veintitres años.

AMALIA. — Y ya lo sé. Todo cuanto vive, muere al cabo tristemente; cuanto nos interesa, cuanto poseemos, lo hemos de perder con dolor.

MOOR. — ¿Habéis perdido algo?

AMALIA. — ¡Nada! ¡Todo! ¡Nada! ¿Queréis ver más, señor Conde?

MOOR. — ¿A qué tanta prisa? ¿De quién es aquel retrato de la derecha? Me parece de fisonomía algo antipática.

AMALIA. — Ese retrato de la izquierda representa al hijo del Conde, al señor actual... ¡Venid, venid!

MOOR. — Pero ese retrato de la derecha...

AMALIA. — ¿No queréis venir al jardín?

MOOR. — Pero el retrato de la derecha... ¡Lloras, Amalia? (Vase Amalia precipitadamente.)

MOOR. — ¡Me ama, me ama! Todo su sér comenzaba ya á rebelarse; lágrimas acusadoras caían por sus mejillas... ¡Me ama! ¡Desdichado! ¿Lo mereces acaso? ¿No estoy yo aquí como un condenado á muerte ante el tajo fatal? ¿Ese es el sofá en donde, pendiente de su cuello, me embriagaba en un mar de delicias? ¿Son estos los aposentos paternos? (Sobrecagido al mirar el retrato de su padre.) ¡Tú, tú!... Llamas despides tus ojos... ¡Maldición, maldición, reprobación!... ¿En dónde estoy? La noche me rodea... ¡Dios terrible! ¡Yo, yo le he asesinado! (Vase corriendo.)

FRANZ DE MOOR. (Absorbido en sus cavilaciones.) — ¡Lejos de mí esa imagen! ¡Lejos de mí, cobarde mujerzuela! ¿Por qué tiembles y ante quién? Pocas horas hace que el Conde discurre entre estas paredes, y parece que sigue mis pa-

sos un espa del infierno... ¡Debo conocerlo!... En su rostro feroz y tostado por el sol, hay cierta grandeza y rasgos conocidos, que me hacen temblar... ¡Tampoco Amalia es indiferente con él! Miradas curiosas y melancólicas le prodiga, siendo tan avara de ellas con los demás. ¿No he observado que, al deslizarse en la copa de vino algunas lágrimas furtivas, él, á mi espalda, las bebía con tanta ansia, que parecía como si quisiera tragarse también la misma copa que las contenía? Sí; lo ví; el espejo fiel lo descubrió á mis ojos. ¡Hola, Franz, alerta! ¡Un monstruo, preñado de males, se oculta para tí bajo esas apariencias! (Detiénese ante el retrato de Carlos, examinándolo con curiosidad.) ¡Su largo cuello... sus ojos negros llenos de fuego!... ¡hum, hum!... Sus cejas sombrías, pobladas, que cubren sus ojos... (Con un movimiento repentino.) ¡Infierno, ávido de males! ¿Tú me inspiras este presentimiento? ¡Es Carlos, sí! ¡Ahora veo con claridad sus facciones!... ¡Él es, él, á pesar de su máscara!... Él es! ¡Muerte y condenación! (Paseándose agitado.) ¿Para esto he pasado en vela mis noches?... ¿Para esto arrancado montañas y abierto en su lugar abismos... rebelándome contra todo instinto de humanidad... para que ese ligero vagabundo rompa al fin mi bien tramada tela?... ¡Poco á poco, poco á poco!... Algo queda por hacer todavía... Tan hundido me encuentro sin esto en el fango del pecado, que sería estúpido nadar hacia atrás, estando la orilla tan lejos... no hay que pensar, pues, en la vuelta... La misma gracia habría de empuñar el palo del mendigo, y haría quiebra la misericordia divina, si se me hubiesen de perdonar todos mis crímenes... ¡Adelante, pues, como debe hacerlo un hombre! (Llama de la campanilla.) ¡Que se reúna, pues, con el alma de su padre, y que venga después!... ¡Yo me río de los muertos!... ¡Daniel! ¡Eh, Daniel!... ¿A que lo ha dispuesto también contra mí? ¡Parece tan misterioso!...

DANIEL. (Que se presenta.) — ¿Qué mandáis, señor?

FRANZ. — ¡Nada! ¡Anda, llena esta copa de vino, pero pronto! (Vase Daniel.) ¡Espera, anciano! Yo te descubriré; yo miraré tus ojos con tal fijeza, que tu misma conciencia, sobrecogida, ha de palidecer á pesar de tu disimulo. ¡Morirá! Necio es quien sólo á medias hace su obra, y cesa luego, y se queda con la boca abierta, esperando que el azar la remate. (Entra Daniel con el vino.) ¡Déjalo ahí! ¡Miráme sin pestañear! ¡Cómo vacilan tus rodillas! ¡Cómo tiembblas! ¡Confíesalo, anciano! ¡Qué has hecho?

DANIEL. — ¡Nada, señor! ¡Tan verdad como Dios existe, y mi pobre alma también!

FRANZ. — ¡Bébetese ese vino!... ¿Cómo? ¡Tiemblas! ¡Pronto! ¿Qué has echado en ese vino?

DANIEL. — ¡Libreme Dios! ¿Cómo? ¿Yo... en el vino?

FRANZ. — ¡Has echado veneno en el vino! ¿No estás pálido como un cadáver? ¡Confíesalo, confíesalo! ¿Quién te lo ha dado? El Conde, no es cierto? ¡El Conde te lo ha dado!

DANIEL. — ¿El Conde? ¡Jesús María! El Conde no me ha dado nada.

FRANZ. (Sacudiéndolo con furor.) — ¡Voy á ahogarte hasta que se ponga tu rostro cárdeno, embustero de cabellos blancos! ¿Nada? Entonces, ¿para qué habláis juntos en secreto? ¡Él, y tú, y Amalia! ¿Qué tramáis todos? ¡Dílo! ¿Qué secretos, qué secretos te ha confiado?

DANIEL. — Dios, que todo lo sabe... No me ha confiado secreto alguno.

FRANZ. — ¿Quieres negarlo? ¿Qué intrigas habéis urdido para acabar conmigo? ¿No es verdad? ¿Ahogarme mientras duermo? ¿Degollarme con una navaja de afeitar? ¿Envenenarme con vino ó chocolate? ¡Fuera, fuera! ¿O darme en la sopa el sueño eterno? ¡Habla, pues! Todo lo sé.

DANIEL. — Que no me ayude Dios en los trances de esta vida, si no os digo la pura verdad.

FRANZ. — Por esta vez, te perdono. Pero ¿no es cierto que puso en tu bolsillo alguna plata? ¿No lo es que te apretó la mano más de lo acostumbrado, así como suelen hacerlo antiguos conocidos?

DANIEL. — Jamás, señor.

FRANZ. — ¿No te indicó, por ejemplo, que quizás te conociera?... ¿que tú debías acordarte de él? ¿que había de caerse la venda que cubre tus ojos?... ¿que... algo como...? ¿Nada de esto te ha dicho?

DANIEL. — Ni una palabra de todo eso.

FRANZ. — ¿Que motivos reservados le impedían... que á menudo hay que tomar ciertos disfraces para vencer á sus enemigos... que deseaba vengarse, vengarse del modo más terrible?

DANIEL. — Ni la más leve indicacion de esa especie.

FRANZ. — ¿Es posible? ¿Nada enteramente? Recuerda, piénsalo... ¿Que conocia muy exactamente al otro señor... muy particularmente?... ¿que lo amaba... de todo corazón... como un hijo ama...?

DANIEL. — Creo haber oido de él algo parecido.

FRANZ. (Palideciendo.) — ¿Lo ha dicho, lo ha dicho en realidad? ¡A ver, repítelo! ¿Decia que era mi hermano?

DANIEL. (Sorprendido.) — ¿Cómo, señor mío?... No, no ha dicho eso. Pero cuando la señorita lo paseaba por la galería, yo limpiaba el polvo de los cuadros, y él se detuvo de repente delante del retrato del señor difunto, como herido por un rayo. La señorita lo señaló, y dijo: — Un hombre excelente... — Sí, un hombre excelente, respondió; y se enjugó los ojos.

FRANZ. — ¡Oye, Daniel! Tú sabes que yo he sido siempre contigo bondadoso, alimentándote y vistiéndote, y teniendo siempre en cuenta tu edad y tus flaquezas en todas las cosas...

DANIEL. — ¡Que Dios os lo premie, señor! Y yo os he servido honradamente.

FRANZ.—Eso mismo quería yo decir. No me has contradicho en tu vida, y sabes bien que has de obedecerme en cuanto te mande.

DANIEL.—Con toda mi alma, no siendo contra Dios y mi conciencia.

FRANZ.—¡Broma, broma! ¿No te avergüenzas? ¿Un hombre anciano dando fe á esos cuentos de brujas? ¡Quita allá, Daniel! Es una estupidez pensar así. Yo soy tu señor. Dios y la conciencia me castigarán, si es que hay Dios y conciencia.

DANIEL. (Levantando las manos.)—¡Cielo misericordioso!

FRANZ.—Como tu deber es obedecerme... ¿entiendes lo que te digo? como siendo deber tuyo obedecerme, te ordeno que el Conde no exista ya mañana entre el número de los vivos.

DANIEL.—¡Socorro, santo Dios! Y ¿por qué?

FRANZ.—¡En nombre de tu ciega obediencia!... y yo te protegeré.

DANIEL.—¿A mí? ¡Socórreme, Santa Madre de Dios! ¿A mí? ¿Qué mal he hecho yo, pobre anciano, hasta ahora?

FRANZ.—Esto no puede aplazarse, y tu suerte está entre mis manos. ¿Quieres pasar tu vida entera en el más profundo de mis calabozos, en donde el hambre te obligará á roer tus propios huesos, y la ardiente sed á beber de nuevo tu misma agua?... ¿O prefieres comer tu pan tranquilo y pasar en paz tus últimos años?

DANIEL.—¿Qué decís, señor? ¿Paz y descanso en la vejez, siendo un asesino?

FRANZ.—¡Contesta á mi pregunta!

DANIEL.—¡Mis canas, mis canas!

FRANZ.—¿Sí ó no?

DANIEL.—¡No!... ¡Dios tenga piedad de mí!

FRANZ. (Haciendo ademán de irse.)—¡Buena! Tendrás lo que mereces. (Daniel lo detiene, y cae á sus pies.)

DANIEL.—¡Piedad, señor, piedad!

FRANZ.—¿Sí ó no?

DANIEL.—Señor, tengo ahora setenta y un años; he honrado á mi padre y á mi madre, y á nadie, que yo sepa, he perjudicado por valor de un solo maravedí; he sido fiel y leal á mis creencias, sirviendo en vuestra casa cuarenta y cuatro años, y esperaba ahora tener una muerte sosegada y bendita. ¡Ay de mí, señor! (Abrazando sus rodillas.) ¿Y queréis arrebatarme mi único consuelo al morir, que el gusano roedor de mi conciencia ahogue mi última oración, que me acometa el sueño eterno siendo un objeto de horror ante Dios y ante los hombres? ¡No, no, mi mejor, mi más bondadoso señor! ¡No intentéis esto; no lo podéis exigir de un anciano de setenta y un años!

FRANZ.—¿Sí ó no! ¿Qué significa tanto inútil hablar?

DANIEL.—Desde ahora os serviré con mayor celo, cansaré en vuestro servicio mis secos músculos; como un jornalero, me levantaré temprano, me acostaré tarde... é invocaré ¡ay de mí! vuestro nombre en mis oraciones de la mañana y de la noche, y Dios no desoír á la súplica de un anciano.

FRANZ.—La obediencia es preferible al sacrificio. ¿Has oído tú jamás que el verdugo hiciese remilgos cuando había de ejecutar alguna sentencia?

DANIEL.—¡Ay de mí, indudablemente! pero asesinar á un inocente... á un...

FRANZ.—¿He de darte cuenta de mi conducta? ¿Pregunta el hacha al verdugo por qué ha de herir aquí y no allí?... Pero mira hasta dónde llega mi generosidad... te ofrezco una recompensa por cumplir mis órdenes.

DANIEL.—Yo, cumpliendo mi deber, esperaba seguir siendo buen cristiano.

FRANZ.—Nada de contradicciones. ¡Mira! Te dejo el plazo de un día para pensarlo. Reflexiónalo. La dicha ó la des-

dicha... ¿oyes tú? ¿entiendes? ¡La dicha mayor y la mayor desdicha! Haré prodigios en atormentarte.

DANIEL. (Después de un momento de reflexión.)—Lo haré, mañana lo haré. (Vase.)

FRANZ.—La tentación es grande, y él no ha nacido para ser mártir de su fe... Bien va esto, señor Conde. Según todas las probabilidades, mañana por la noche celebraréis vuestro banquete final... Todo depende en este mundo de la opinión, y es indudablemente un loco el que trabaja contra sí. Al padre, que acaso ha bebido una botella de vino más de lo acostumbrado, acomete cierta concupiscencia... y de aquí sale un hombre, y este hombre era lo último en que había pensado en todos estos trabajos de Hércules. Yo, por mi parte, experimento también ahora ese deseo... y muere un hombre, y hay aquí más inteligencia y más intención que hubo allí para que naciera. ¿No influye, por lo común, en la existencia de la mayor parte de los hombres el ardor de una tarde de Julio, ó el aspecto provocador de una cama, ó la postura inclinada de una Venus de cocina, dormida, ó una claridad dudosa?... ¿Es el nacimiento del hombre la obra de un acto animal, de una casualidad? Entonces, ¿quién pensará que la negación de su existencia es más importante? Maldita sea la estupidez de nuestras nodrizas y niñeras, que extravían nuestra imaginación con cuentos horribles, y graban en nuestro delicado cerebro imágenes espantosas de castigos en la otra vida, de tal suerte que, sin quererlo, temblor y frío angustioso se apodera de nuestros miembros, coartan nuestra osadía y nuestra decisión, y encadenan nuestra razón, al despertar, en creencias oscurantistas y supersticiosas... ¡El asesinato! como si un infierno entero de furias hubiera de rodearlo... pero la naturaleza se olvida de fabricar un hombre más... no se ha ligado el ombligo... el padre ha permanecido ocioso la noche de bodas... y des-

aparece toda esa endiablada fantasmagoría. Era algo, y ya no es nada. ¿No equivale esto á era nada y nada es? ¿A qué gastar palabras en nada?... El hombre nace del lodo, en el lodo se revuelve un instante y se convierte en lodo, y en él fermenta, hasta que al fin se queda adherido á la suela de los zapatos de su nieto. Tal es el fin del canto... el círculo fangoso del destino humano, por lo cual... ¡buen viaje, señor hermano! La moralidad hipocondriaca y molesta de la conciencia puede arrancar de los lupanares á viejas arrugadas, y atormentar á usureros ancianos en su lecho de muerte... pero conmigo no tiene valor alguno. (Vase.)

ESCENA III.

Otro aposento del Castillo.

MOOR, que entra por una puerta, y DANIEL por otra.

MOOR. (Con viveza.)—¿En dónde está la señorita?

DANIEL.—Permitid, señor, á un pobre hombre que os dirija una súplica.

MOOR.—¿Concedido! ¿Qué deseas?

DANIEL.—No mucho... y todo... algo insignificante... y sin embargo de la mayor importancia... ¡dejadme besaros la mano!

MOOR.—¡No, buen anciano, (Lo abraza.) á quien yo podría llamar mi padre!

DANIEL.—¡Vuestra mano, vuestra mano!

MOOR.—¡No, no!

DANIEL.—Debo besarla. (La coge, la mira un instante y cae de rodillas.) ¡Mi muy querido, mi excelente Carlos!

MOOR. (Da un grito, se repone, y se muestra frío y reservado.)
—¿Qué dices, amigo? No te entiendo.

DANIEL.—¡Sí, negadlo, disimulad! ¡Bien, bien! ¡Siempre sois mi mejor, mi más amado señorito!... ¡Dios de bondad! ¡que yo, hombre anciano, haya disfrutado de esta alegría!... ¡qué torpe en no haberos conocido al instante!... ¡Oh Padre, que estás en el cielo! ¡Y habéis vuelto así, y el viejo señor enterrado, y habéis vuelto!... ¡qué asno ciego he sido! Dándose un golpe en la frente.) que á primera vista... Sí, tú eres mi Carlos ¡Quién hubiera podido ni aun soñarlo! Y lo que yo pedía con tantas lágrimas... ¡Jesucristo! ¡Ya está otra vez vivo y sano en la antigua sala!

MOOR.—¿Qué decís? ¿Deliráis? ¿O representáis conmigo una comedia?

DANIEL.—¡Oh, quitad allá! No está bien que os burléis así de un antiguo servidor! ¡Esta cicatriz! ¡Eh! ¿Os acordáis todavía? ¡Gran Dios! ¡Qué susto me disteis! Cuando siempre os quise tanto, ¡qué pena me causasteis entonces!... Yo os tenía en brazos... ¿no lo recordáis? allí, en la sala redonda... ¿no fué así, hijo mio? Sin duda lo habéis olvidado... y el cuco, que tanto os gustaba... pero ya se ha hecho pedazos al caerse al suelo... la vieja Susana lo ha roto limpiando la habitación... sí, sin duda: yo os tenía en mis brazos, y gritasteis: ¡mi caballito! y yo corrí á traéroslo... ¡Jesús!... ¿por qué yo, viejo asno, había de correr así?... ¡Qué angustia la mía!... Al oír vuestro grito de dolor, entro corriendo, y la sangre llenaba vuestro rostro, tendido en el suelo, y os habíais... ¡Santa Madre de Dios! Me quedé como si me hubieran echado de repente un cubo de agua fría... pero eso es lo que sucede cuando se pierde de vista á los niños un solo instante... Y fué en la mano derecha. Mientras yo viva, me dije, no dejaré en las manos de ninguna criatura, ni cuchillo, ni tijeras, ni cosa alguna con punta... Afortunadamente, el señor y la

señora estaban de viaje... Sí, sí, pensé; me servirá esto de aviso mientras viva. ¡Ay, ay de mí! me hubieran despedido, habrían... Dios te perdone, niño travieso... pero, á Dios gracias, pronto sanó la herida, y sólo quedó la cicatriz.

MOOR.—No entiendo una palabra de lo que dices.

DANIEL.—¿Cómo? ¿No es esto? ¿No es esto? ¿Qué tiempos! ¡Cuántas golosinas, cuántos bizcochos, cuántos macarrones no os he dado! ¡Siempre os amé entrañablemente! ¿No os acordáis de lo que me decíais un día en la caballeriza, cuando os montaba en el alazán tostado del señor, y os paseaba en él por el prado grande?—Daniel, me decíais: deja que yo sea hombre, que entonces te nombraré mi administrador, y vendrás conmigo en coche.—Sí, contestaba yo riéndome; si Dios nos da salud y vida, y no os avergonzáis de un viejo, repetía yo, os suplicaré que me dejéis la casilla que hay allá abajo en la aldea, desocupada hace tiempo, y allí, con unas cuantas pipas de vino, pasaré de tabernero los días que me restan de vida. ¡Sí; reid, reid! ¿No es verdad, mi jóven amo, que ya habéis olvidado todo esto?... No conocéis al anciano, no queréis conocerlo, y os mostráis indiferente, y como un extraño... Sin embargo, sois mi querido señorito... erais un poco ligero... pero no os incomodéis... es lo más común en los jóvenes... pero al fin todo se arregla en este mundo.

MOOR. (Abrazándolo.)—Sí, Daniel, no quiero fingir más. Yo soy tu Carlos, tu perdido Carlos. ¿Qué hace Amalia?

DANIEL. (Llorando.)—¡Que yo, viejo pecador, tenga esta alegría!... ¡y el difunto señor cuánto lloró en vano!... Anda, anda, cabeza blanca; huesos duros, andad al sepulcro llenos de gozo. ¡Mi señor amo vive, mis ojos lo han visto!

MOOR.—¡Y cumplirá lo prometido!... toma, anciano leal, por el alazán tostado de la caballeriza. (Date una bolsa de dinero.) No he olvidado al pobre viejo.

DANIEL.—¿Cómo? ¿Qué hacéis? Esto es demasiado. Os equivocáis.

MOOR.—No, Daniel. (Daniel quiere arrodillarse.) No te arrodilles. Dime, ¿qué hace mi Amalia?

DANIEL.—¡Justicia de Dios! ¡Justicia de Dios! ¡Válgame el profeta Jeremías!... vuestra Amalia, ¡oh! no podrá sobrevivir, morirá de alegría.

MOOR. (Con interés.)—¿No me ha olvidado?

DANIEL.—¿Olvidado? ¿Volvemos á las andadas? ¿Olvidaos? Si hubieseis estado aquí, si la hubieseis visto, si hubieseis presenciado sus extremos de dolor cuando llegó la nueva de que habíais muerto, divulgada por mi señor...

MOOR.—¿Qué dices? mi hermano...

DANIEL.—Sí, vuestro hermano, el señor, vuestro hermano... otra vez, cuando la ocasión sea oportuna, hablaremos más largo de esto... y de qué manera lo trataba ella todos los días, que Dios manda, cuando la requería para hacerla su señora. ¡Oh! Yo debo, yo debo darle esta nueva.

(Quiere marcharse.)

MOOR.—¡Detente, detente! que nada sepa, ni nadie, ni tampoco mi hermano...

DANIEL.—¿Vuestro hermano? No, no tengáis miedo, no debe saberlo. Él menos que nadie... si es que no sabe ya más de lo que conviene... ¡Oh! Yo os digo que hay hombres perversos, hermanos, señores perversos... pero yo, por todo el oro de mi amo, no quisiera ser un criado también perverso... Mi antiguo dueño os creía muerto.

MOOR.—¿Qué...? ¿qué murmuras ahí por lo bajo?

DANIEL. (En voz baja.)—Y, á la verdad, cuando se resucita así, sin desearlo... Vuestro hermano era el único heredero de mi difunto amo...

MOOR.—¿Qué dices ahí entre los dientes, anciano, como si algún horrible secreto estuviese á punto de salir de tus

labios, que no quisieras y que al mismo tiempo debieras revelar? ¡Habla con claridad!

DANIEL.—Pero prefiero antes roer mis viejos huesos de hambre y de sed, beber mi propia agua... que, en virtud de un asesinato, lograr un bienestar completo. (Vase ligero.)

MOOR. (Con indignación, después de una pausa horrible.)—¿Engañado, engañado! ¡Un relámpago de luz ilumina mi alma! ¡Infames artificios! ¡Cielo é infierno! ¡Tú nó, padre! ¡Infames artificios! ¡Asesinatos, robos, empleando estas diabólicas tramas! ¡Calumniado por él! ¡falsificando, firmando mis cartas!... lleno de amor su corazón... ¡oh! ¡yo, de un loco, un monstruo!... lleno de amor su paternal corazón... ¡Oh, infamia, infamia! Con sólo haberme arrojado á sus pies... con derramar algunas lágrimas... ¡Oh! ¡yo ciego, ciego, ciego y loco! (Golpeando la pared con la cabeza.) Yo hubiera podido ser feliz... ¡oh, bajeza, bajeza! ¡La felicidad de mi vida villana, villanamente desvanecida! (Corriendo furioso á uno y otro lado.) ¡Asesinatos, robos, empleando estos manejos infames!... Nunca se enfureció. Ni un pensamiento malévolo hubo en su corazón. ¡Oh malvado, inconcebible, perverso, horrible, malvado! (Entra Kozinsky.)

KOZINSKY.—¡Hola, Capitán! ¿En dónde te ocultas? ¿Qué hay? ¿Deseas permanecer aquí más tiempo?

MOOR.—¡Véte y ensilla los caballos! Antes que el sol se ponga, habremos pasado la frontera.

KOZINSKY.—¿Hablas en són de burla?

MOOR. (Con imperio.)—¡Pronto, pronto! ¡No te detengas! ¡Déjalo todo! Que nadie te vea. (Vase Kozinsky.) Voy á alegrarme de estos muros. La más leve dilación pudiera enardecer mi ira, y es al cabo el hijo de mi padre... ¡Hermano, hermano! Me has hecho el hombre más desgraciado de la tierra, sin haberte ofendido nunca, y tu comportamiento no es fraternal, sin duda... Disfruta en paz de tu maldad; mi presencia no amargaré más tiempo tu dicha... pero cierta-

mente, tu conducta no ha sido la de un hermano. Que las tinieblas la cobijen bajo sus alas, y que no te la arrebathe la muerte.

KOZINSKY.—Los caballos están ensillados, y podéis montar cuando os agrade.

MOOR.—¿Qué prisa, qué prisa! ¿Por qué esa prontitud? ¿No he de verla más?

KOZINSKY.—Les quitaré las bridas, si queréis; me mandasteis apresurarme á todo trance.

MOOR.—¿Me dejarás en paz? ¡Siquiera decirle adios! Aputaré el veneno de esta dieha, y luégo... ¡detente, Kozinsky! diez minutos no más!... allí detras, en el patio del casti- llo... y partiremos en seguida.

ESCENA IV.

El jardín.

AMALIA.—Después, MOOR.

AMALIA.—¿Lloras, Amalia?... lo dijo con una voz, con una voz... parecíame que la naturaleza se vestía sus más ricas galas... y esa voz evocaba los albores de mi venturoso amor. El ruiseñor cantaba como antes... las flores despedían sus perfumes como entonces... y yo, embriagada de deleite, estaba pendiente de su cuello... ¡Ay de mí! ¡Corazón falso y desleal! ¿cómo quieres disculpar tu perjurio? ¡No, no; lejos de mi alma tu imagen tentadora!... ¡yo no he violado mi juramento, tú eres su único dueño! ¡Lejos de mi alma, deseos traidores y descreídos! En el corazón, en que reina Carlos, no puede anidar ningún hijo de la tierra... Pero ¿por qué, oh alma mía, así siempre, así involuntaria-

mente vuelas hacia ese extranjero? ¿Por qué no has de ser fiel á la imagen de mi único amor? ¿No es el eterno compañero de mi único amor? ¿Tú lloras, Amalia?... ¡Ah! ¡Quiero huir de él!... ¡huir!... ¡Mis ojos no verán más á ese extranjero! (Moor entreabre la puerta del jardín. Ella se repone.) ¡Escuchemos, escuchemos! ¿No suena la puerta! (Ve á Carlos, y se levanta sobresaltada.) Él... ¿de dónde?... ¿cómo?... parece que me hace echar en tierra raíces, y que no puedo huir... ¡bíos del cielo, no me abandonéis!... ¡No, tú no arrancarás á mi Carlos del corazón! En mi alma no hay espacio para dos deidades, y yo soy una doncella mortal! (Saca el retrato de Carlos.) Tú, Carlos mío, sé mi ángel guardián contra ese extranjero, perturbador de mi afecto. A ti, á tí miraré sólo perpetuamente... y no habrá miradas profanas para ese otro.

(Siéntase en silencio, con los ojos fijos en el retrato.)

MOOR.—¿Estáis ahí, señorita?... ¿y afligida? ¿y derramando lágrimas sobre esa imagen? (Amalia no le responde.) Y ¿quién es el afortunado, que llena de plata los ojos de un ángel?... ¿puedo yo ver al que así ensalzáis?... (Intenta ver el retrato.)

AMALIA.—¡No! ¡Sí! ¡No!

MOOR. (Retrocediendo.)—¡Ah!... ¿y merece esa adoración?

AMALIA.—¡Si lo hubieseis conocido!

MOOR.—Lo hubiera envidiado.

AMALIA.—Adorado, querréis decir.

MOOR.—¡Ah!

AMALIA.—¡Lo hubieseis amado tanto! Había tanto, tanto en su rostro... en sus ojos... en el tono de su voz, muy parecido al vuestro... que yo lo amo de manera... (Moor mira á la tierra.) Ahí, en donde os encontráis ahora, estuvo él millares de veces... y á su lado la que olvidaba en su presencia el cielo y la tierra... sus ojos vagaban aquí por ese soberbio paisaje, que parecía corresponder á sus miradas, llenas de dignidad, y embellecerse con placer proporcionado á su imagen grandiosa... aquí cautivaba con su mú-

sica celestial á los habitantes del aire... aquí cogía rosas en esa espesura, rosas para mí... aquí, pendiente de mi cuello, abrasaba mis labios con los suyos, y las flores morían contentas bajo las pisadas de los amantes...

MOOR.—¿No existe ya?

AMALIA.—Surca un mar tempestuoso... el amor de Amalia navega con él... atraviesa desiertos no hollados, cubiertos de arena... el amor de Amalia hace reverdecer bajo sus plantas los granos ardientes, y florecer los arbustos salvajes... el sol de Mediodía tuesta su cabeza desnuda, la nieve del Norte se adhiere á su calzado, el granizo de las tempestades le acompaña en sus sueños, y el amor de Amalia lo arrulla en la borrasca... Mares, montañas y vasto horizonte entre los amantes...; pero sus almas abandonan su prisión de polvo, y se juntan en el Eden del amor... Parecéis triste, señor Conde.

MOOR.—Esas palabras de amor hacen revivir el mío.

AMALIA. (Poniéndose pálida.)—¿Cómo? ¿Amáis á otra?... ¡Ay de mí!... ¿qué habéis dicho?

MOOR.—Ella me creía muerto, y fué fiel á quien creía muerto... supo luego que yo vivía, y me ofreció la corona de una mártir. Ella sabe que yo ando errante y miserable en el desierto, y su amor me acompaña volando en el desierto y en la desgracia. Llámase también Amalia como vos, señorita.

AMALIA.—¿Cómo envidio yo á vuestra Amalia!

MOOR.—¡Oh! ¡Es una joven desdichada! Ama á un hombre, ya perdido, y jamás... jamás obtendrá su recompensa.

AMALIA.—No, la obtendrá de seguro en el cielo. ¿No se dice que hay otro mundo mejor, en donde los tristes se regocijan, y los amantes se encuentran de nuevo?

MOOR.—Sí, un mundo en donde las máscaras caen, y el amor se encuentra horriblemente... su nombre es la eternidad... mi Amalia es una joven desventurada.

AMALIA.—¿Desventurada y la amáis?

MOOR.—Desventurada porque me ama. ¿Y si yo fuese un asesino? ¿cómo, señorita, si vuestro amante pudiera pagar con una muerte cada uno de vuestros besos? ¡Ay de mi Amalia! ¡Es una joven desventurada!

AMALIA. (Mostrando grande alegría.)—¡Ah! ¡cuán feliz soy yo entonces! Mi único amante es un reflejo de la divinidad, y la divinidad no es más que dulzura y misericordia. Él ni aun puede sufrir que se haga daño á una pobre mosca... Tan opuesta es su alma á todo pensamiento de sangre, como el mediodía á la media noche. (Moor se vuelve con rapidez hacia la espesura, y se queda mirando al paisaje fijamente. Amalia toca el laud y canta.)

«¿Quieres, oh Héctor, separarte de mí para siempre, y encaminarte á donde te esperan los hijos de Eaco, con su acero homicida, para ofrecer á Patroclo horrible sacrificio? ¿Quién enseñará después á tus tiernos hijos á manejar la lanza, y honrar á los dioses, cuando el Xantho serpentea detrás de lí?»

MOOR. (Que coge en silencio el laud y canta.)—«Anda, esposa amada, tráeme mis armas temidas. Déjame... déjame asistir á las guerreras danzas.» (Tira el laud y huye.)

ESCENA V.

Monte inmediato.—Noche.—En el centro un castillo arruinado.

LOS LADRONES acampados.

LOS LADRONES. (Cantando.)—«Robar, matar, el libertinaje, las pendencias, para nosotros son pasatiempo. Mañana nos ahorean. Regocijémonos, pues, hoy.

«Vida libre la nuestra, vida llena de placeres; las selvas